

LO LOCAL, LO GLOBAL, LO MÚLTIPLE

Martín Bergel

Una lectura de la relación entre la revuelta argentina y el movimiento de resistencia global

¿Cómo interpretar el curso de sucesos de esta hora dramática de la historia argentina? La cadena de hechos desatada el 19 y 20 de diciembre del 2001 parece exasperar un rasgo propio de esos contados momentos en que en la historia se produce una irrupción: su sentido permaneció y permanece singularmente abierto, inestable, difícil de colmar. Ninguna interpretación ha conseguido hegemonizar el significado del proceso político inaugurado en esas jornadas. De hecho, no han sido muchos quienes se aventuraron a pensar la naturaleza de la revuelta argentina en sus positividad y elementos novedosos [1]. Entre quienes lo han hecho, aún de manera inacabada e incompleta, se destaca una línea de interpretación que liga los sucesos argentinos con el movimiento que, surgido embrionariamente a partir del alzamiento zapatista en Chiapas, desde su explosión y multiplicación a partir de la Batalla de Seattle, a fines de 1999, se conoce como movimiento de resistencia global [2]. En este breve artículo me propongo investigar si puede establecerse una conexión real entre ambos procesos. Como se verá, sobre todo a través del ejemplo del intercambio que Nicolás Casullo y el filósofo italiano Paolo Virno sostuvieron hace unos meses [3], algunas voces han encontrado problemático y poco deseable hallar una relación entre el movimiento argentino y el movimiento global. Es propósito de este texto conjeturar algunas consecuencias de esa a veces férrea oposición. Finalmente, y a modo de conclusión, se argumentará en favor del desarrollo de una cierta relación entre las dinámicas locales y las globales a partir de la demarcación de una cartografía de los modos de la militancia política de nuestra época.

La globalización impensada

¿Pertenece la revuelta argentina al nuevo ciclo histórico de la política desplegado por el movimiento de resistencia global [4]? Una respuesta ajustada a esta pregunta compleja debe ser desdoblada en un sí y un no [5].

De un lado, ciertas ideas y prácticas presentes en el proceso político argentino en curso están innegablemente emparentadas con las que animan al movimiento global. Como entre otros señaló Virno, las multitudes argentinas comparten con las de Seattle y Génova la voluntad de autonomía frente al estado, el desarrollo de formas de horizontalidad y democracia directa y la experimentación de prácticas novedosas de desobediencia y resistencia civil, además de la rebelión frente al poder de las grandes corporaciones económico-financieras - con menos claridad, pero de modo igualmente inimaginado apenas algunos años atrás, en el caso argentino. En efecto, el cuestionamiento radical de la política y la democracia realmente existentes -cuestionamiento que se construye en la afirmación de

modos alternativos de ejercitar la política y la democracia- sólo pudo ser posible en una época en la cual ambas se encuentran atezadas por la llamada *dictadura de los mercados*. En ese sentido, la revuelta argentina es propia de la era de la globalización.

Y, sin embargo, si es dable reconocer una familiaridad de época en ambas dinámicas, en la revuelta argentina se ha mostrado ausente el que aparece acaso como único rasgo que en última instancia determina la pertenencia o no al movimiento global: el sentirse precisamente parte de él. La multiplicidad de prácticas y sujetos que es un principio rector del llamado movimiento de movimientos resulta un rasgo refractario a cualquier organización formal al modo de las antiguas Internacionales. El movimiento es nada más que una subjetividad que se desplaza contaminando y siendo apropiada por sujetos y situaciones divergentes. No hay carnet de afiliación, programa unificado, ni nada semejante en el movimiento de resistencia global. De allí que la pertenencia al movimiento se reduzca a las prácticas e ideas surgidas meramente de compartir ese horizonte común de sentido. Pues bien, esa subjetividad global no se constata en el proceso político desatado el 19 y 20 de diciembre. Lo cual resulta en algún sentido curioso, puesto que en todas partes en las que el movimiento global se ha desarrollado (Europa, Brasil, Ecuador, Uruguay, Canadá, Estados Unidos, Australia) la revuelta argentina no sólo se considera parte constitutiva de la creciente rebelión mundial contra el capitalismo global: en algunos sitios hasta se le ha otorgado el lugar de foco actualmente más dinámico y hasta "vanguardia" transitoria de esa rebelión. La imagen de un presidente escapando de un pueblo alzado contra un estado de sitio, el súbito brote contagioso de asambleas barriales que tuvo lugar a continuación, así como las prácticas de organización territorial y obturación de la circulación mercantil a través del corte de ruta de los movimientos piqueteros, no han cesado de cautivar a movimientos sociales y grupos en todo el globo. Hay activistas internacionales que han visitado el país para encontrar nueva inspiración -luego del nubarrón provocado por el brutal consenso conseguido por los artífices de la guerra global luego de los atentados del 11 de septiembre- para encarar las luchas anticapitalistas. En varios lugares asimismo se han organizado acciones de solidaridad o directamente se han incorporado prácticas de inspiración argentina, como muestra por ejemplo la palabra *cacerolazo* (asi, sin traducir) en los lenguajes políticos globales.

Y sin embargo, ese influjo expansivo no sólo ha sido en gran medida ignorado por el movimiento cacerolero-asambleario, sino que en algunos casos ha sido abiertamente desestimulado, hecho que se vio inclusive en parte de la nutrida delegación argentina presente en el II Foro Social Mundial de Porto Alegre. Puede decirse, en suma, que la Argentina se ha transformado en tema global, al tiempo que lo global apenas si es tema argentino. En efecto, no parece temerario afirmar que la problemática de la globalización, entendida como haz de

cuestiones pertenecientes a un estadio específico de la civilización capitalista que comprende dimensiones y cambios cualitativos en las formas productivas, en los complejos tecnológicos y culturales, en las instituciones políticas tendientes a reproducir el sistema así como en las formas políticas destinadas a subvertirlo, permanece en gran medida impensada en Argentina, lo cual no deja de tener importantes efectos sobre el proceso político en curso [6].

El Bloqueo Nacional

Frente a quienes deliberadamente, como Paolo Virno, procuraron enlazar la rebelión argentina con el movimiento global, no demoraron en surgir voces indignadas que, como la de Nicolás Casullo -cuyo tono destemplado pareció hallar un importante eco aprobatorio-, vinieron a querer trabar la hipótesis del lazo de familiaridad entre ambos movimientos. Como varios otros en anteriores momentos, Casullo quiso dejar sentado que aquí somos diferentes [7].

Sus objeciones a Virno se nos presentan como legítimas en tanto aparecen queriendo resguardar la singularidad del proceso político argentino. Resulta evidente, por atractivas que sean las formulaciones de Virno, que la rebelión argentina responde a una trama densa particular. Sin embargo, si se lee bien el artículo de Casullo allí no se observa ninguna interpretación del proceso singular argentino. Hay incluso una cierta mirada escéptica sobre el mismo. Su recusación de la posición de Virno no se hace desde una interpretación activa, positiva, que tome en cuenta la especificidad de la rebelión argentina, sino más bien desde la custodia nostálgica de algunos valores y certidumbres del pasado que el acercamiento del filósofo italiano, en tanto intérprete arriesgado de la época, venía a poner en cuestión. Me refiero, por ejemplo, a nociones como las de pueblo, estado-nación, etc., que gozaron de buena salud algunas décadas atrás. Aún más: un tópico también de cuño setentista como el derivado de la sospecha y el desprecio por las clases medias -como le señalara Horacio González poco después [8]- le impidió ver a Casullo uno de los elementos novedosos más importantes, a saber: la radicalización de franjas de esas clases medias y su convergencia con las capas bajas de la población.

De la breve pero estimulante polémica entre Casullo y Virno es posible extraer dos corolarios. De un lado, puede tomarse la prevención de Casullo acerca de la posibilidad de que en su vocación articuladora el movimiento global absorba las dinámicas singulares y les reste sustancia. Como señalamos, la preocupación es legítima. Sin embargo, aún cuando la cuestión se presente como constitutiva de un movimiento que por su propia naturaleza exige en algún grado el forzamiento de situaciones locales, identidades particulares, etc., creo que el movimiento global, que no está sino apenas comenzando su andar, tiene conciencia del problema. El propio concepto de multitud presupone la idea de multiplicidad y no de homogeneidad de los sujetos y sus prácticas (y precisamente por eso, porque parece responder mejor a una cierta *regularidad en la dispersión* de los

sujetos así como a la no subordinación a lo estatal, parece ajustarse mejor al proceso político argentino en curso que la noción de pueblo, de mayor unidad interna y usualmente volcado hacia un líder o al Estado). La resistencia global sabe muy bien que tiene ante sí la tarea compleja de explorar los alcances de una política de lo universal múltiple y democrático.

De otro lado, el texto de Casullo es sintomático respecto a lo que podemos llamar *bloqueo nacional* de la dinámica expansiva de la rebelión argentina. Como señalamos más arriba, distintos movimientos sociales del mundo entero se mostraron ávidos de verse contaminados por el proceso político argentino. La respuesta más común ha sido la de cierto encorsetamiento fronteras adentro de la nación de la política desatada el 19 y 20 de diciembre. La pregunta clave que adviene aquí es: ¿La globalización de la rebelión argentina resulta un peligro para su salud -como parece desprenderse de la postura de Casullo- o, por el contrario, es pasible de retornar como fuerza potenciadora? Me gustaría subrayar aquí que el movimiento de resistencia global -y, por supuesto, varios antecedentes suyos en la historia-, lejos de disolverlas, ha tendido a fortalecer las dinámicas locales, como lo sabe por ejemplo el Movimiento Sin Tierra de Brasil. En Argentina en cambio la secuencia fue la siguiente: de un estallido sobre todo local, que tuvo por escenario primero los saqueos y luego la Batalla de Plaza de Mayo en Buenos Aires así como allí mismo el inicio del proceso asambleario, rápidamente se pasó a un momento nacional. Y allí advino el bloqueo, el límite. Los intentos de conexión provenientes del exterior recibieron tibias respuestas, o directamente rechazos como el de Casullo. Ahora bien: ¿Qué hubiera sucedido si en Chiapas el zapatismo no se hubiera dirigido, desde el primer día de su alzamiento, a la opinión pública internacional en la que encontró eco tan considerable? O lo que es lo mismo: ¿Qué si el movimiento argentino hubiera además interpelado expresamente a una sociedad civil mundial que a comienzos del 2002 casi sólo tenía ojos para lo que aquí sucedía?

A modo de conclusión: militancia local y militancia global en la era de la globalización

Desde el punto de vista de las políticas de emancipación, nuestro tiempo contemporáneo exige pensar conjuntamente dos tipos de escenarios. De un lado, lo que podemos llamar *cuestión local*, también llamada situación. De otro, la *cuestión global*, que puede ajustarse al concepto de Imperio -o, si se quiere, *situación de situaciones*. Desde esta perspectiva, ha desaparecido en cambio la vieja cuestión nacional salvo como problema a considerar o meramente como momento interno y transitorio -y ya no como horizonte final o sujeto privilegiado de la política [9].

Ahora bien: resulta habitual escuchar, sobre todo desde voces críticas al movimiento de resistencia global, que ambas instancias, lo local y lo global, son excluyentes entre sí. Sin dudas la articulación de los espacios locales y globales es de una gran complejidad, sobre todo si

-tal como pretendemos- procuramos que la constitución de lo global no resulte reductora de las singularidades locales. Sin embargo, en rigor solamente una política puramente local o situacional resulta negadora del otro escenario, el global. Porque verdaderamente hemos de decir que la relación -siempre compleja, tensionada- entre lo local y lo global es de hecho un problema interno al movimiento global. Es una pregunta propia del movimiento global la que constituye las dimensiones local/global.

Podemos todavía avanzar un poco más. Resulta productivo pensar la política a partir de la categoría de situación. Sin embargo, en la era del Imperio, ya no es posible pensar en una situación puramente desgajada del mundo global que la contiene. Ya no hay afuera del Imperio, y quien aún sostenga esa ilusión puede verse sorprendido una mañana cualquiera por la llegada a la vecindad de una multinacional ávida de nuevas ganancias o por un terrorífico nuevo 11 de septiembre. Es en virtud de ello que cada situación debe ser pensada tanto en su irreductible singularidad como en su conexión específica con el mundo global al que pertenece. O, más precisamente: la verdadera situación -su específica singularidad- estriba en cómo se conjuga, en cada caso particular, la articulación de la dinámica local/global. O, en otros términos, en cómo se interioriza la globalización -cómo debemos tanto protegernos como sacar provecho de ella- dentro de cada situación particular.

Esta cartografía de la política en la era de la globalización diseña dos figuras para la militancia política igualmente relevantes: de un lado, cada situación local requiere un tipo de militancia y de construcción política que podemos llamar territorial. Este será el espacio para que advengan formas comunitarias y relaciones sociales de nuevo tipo, antagónicas a la norma. De otro, y a menos que consideremos que cada situación particular no puede relacionarse con su exterior -ante lo cual estaríamos situados en una lógica típicamente posmoderna, en el sentido de la creencia en códigos contextuales específicos de imposible traducción-, adquiere contornos cada vez más nítidos una figura que debe pensarse como complemento de las militancias territoriales: la del militante nómada o desterritorializado, que es quien en rigor conecta a las distintas situaciones en la perspectiva de movimientos translocales o globales más amplios y poderosos [10]. Lo cierto es que estas cuestiones -aquí demasiado apretadamente esbozadas-, internas a la problemática de la política en la era de la globalización, apenas han comenzado a ser pensadas. Y es que el movimiento de resistencia global, abierto a la experimentación y al aprendizaje tanto como a su propia transformación -y por eso mucho más rico y complejo que lo que puede desprenderse de la imagen única y estereotipada del *globalifóbico*-, recién está dando sus primeros pasos. Es de sospechar que en las próximas décadas asistiremos a varios ciclos de flujos y reflujos en su vitalidad, pero hoy apenas lo encontramos asumiendo formas iniciales y surcando sus primeras experiencias.

Notas

1 Al momento en que se escribe este texto, han primado dos tipos de reacciones frente a la dinámica política del movimiento asambleario-cacerolero-piquetero: el silencio y la repetición. El silencio es el que encuentra sumidos a los intelectuales antes enrolados en la Alianza y el espacio de centroizquierda, a quienes el proceso político desatado luego de la caída del presidente que en algún momento apoyaron, así como la inesperada dinámica de radicalización de segmentos de las clases medias, parecen generarles una cierta incomodidad. La repetición de esquemas y categorías de larga data, es en cambio la que previsiblemente gobierna las interpretaciones de la izquierda tradicional. Hay por supuesto algunas visiones que buscan dar cuenta de los problemas y las dinámicas de nuevo tipo abiertas por el proceso en curso, entre las que se destaca un libro aparecido cuando este texto está terminándose. Me refiero a 19 y 20. Nuevas Formas de Protagonismo Social, del Colectivo Situaciones, que en la línea del importante trabajo que este colectivo viene realizando -y a pesar de ciertas diferencias que surgen de la obstinada oposición al movimiento de resistencia global al que Situaciones juzga a partir de una visión parcial y caricaturizada-, ofrece una serie de materiales de gran relevancia para pensar los elementos de la revuelta popular. Por último, hay que destacar la cantidad y calidad de textos breves, impresiones, e-mails, a veces apenas fragmentos, que circula a partir de los espacios asamblearios, verdaderos laboratorios de experimentación de la inteligencia social colectiva.

2 Para una visión panorámica de las potencialidades de la nueva política expresada en el movimiento de resistencia global, consúltese dos textos complementarios entre sí aparecidos en los últimos números de El Rodaballo: de Ezequiel Adamovsky, véase "La Política después de Seattle. El surgimiento de una nueva resistencia global", en El Rodaballo 11/12, primavera del 2000; y de mi autoría, "Seattle como desafío. Condiciones y obstáculos para la emergencia de una subjetividad política neointernacionalista en Argentina", en El Rodaballo 13, primavera del 2001.

3 Como probablemente se recordará, el cruce se originó a partir de una reseña de Josefina Ludmer sobre la obra de Paolo Virno y una entrevista de Flavia Costa al mismo Virno en el suplemento Cultura y Nación del diario Clarín del 19 de enero, en las que el italiano inscribía entusiastamente la rebelión argentina en la serie de Seattle y Génova. Una semana más tarde, en el mismo suplemento, Nicolás Casullo impugnaba esa relación señalando que el uso de ciertas categorías realizado por Virno resultaba impropio para el contexto argentino.

4 Como señalé en otro artículo, con el zapatismo se inaugura un nuevo ciclo o secuencia histórica de las políticas de emancipación que, dialécticamente, niega y supera a los dos que lo antecedieron: el hegemonizado por la forma partido, de vocación universal pero de resolución autoritaria; y el surgido a partir de 1968, con el estallido

del modo anterior y la liberación de una pluralidad de sujetos que acabaron sin embargo en una fetichización de los particularismos. Contra esos dos modos, asistimos al inicio de un ciclo que tiene ante sí como premisa el desarrollo de una política guiada por el despliegue de un universalismo democrático, cuyo horizonte puede sintetizarse en la conocida fórmula zapatista: "por un mundo donde quepan muchos mundos". V. Martín Bergel, "Seattle como desafío.....", cit. 5 Algunos tramos de esta argumentación han recibido inspiración directa de la intervención de Ezequiel Adamovsky en la charla abierta titulada "Diversidad y Creación. Los jóvenes y el movimiento de resistencia global" entre militantes argentinos -estuvieron entre otros jóvenes piqueteros, de la juventud de la CTA, de la nueva FUBA, de H.I.J.O.S., etc.- y la periodista-militante canadiense Naomi Klein, el 21 de marzo de este año.

6 La circulación de la palabra globalización en formato periodístico, así como el hecho de que los escaparates de las librerías se exhiban rebosantes de libros dedicados a explorarla, podrían sugerir que la afirmación anterior es apresurada. Sin embargo, en filas de parte importante de la militancia los problemas derivados de la cuestión global han recibido escasa consideración. Sin avanzar ahora en las razones de tal descuido, me limito a anotar que la insistente presencia de los lenguajes de la izquierda partidaria, para quienes "globalización" no es más que un artilugio ideológico de las clases dominantes, ha contribuido a mantener obturada la discusión de la cuestión.

7 El título del artículo de Casullo de Clarín -que recuerda una cita de un Sarmiento ya viejo y alarmado ante la proliferación considerada disolvente de escuelas de inmigrantes italianos que educan en lengua extranjera- no esconde cierto tono de angustia: "¿Y ahora quiénes somos?". De hecho, el rechazo de la conexión planteada por Virno entre el movimiento argentino y el movimiento global se asienta en la intención, apenas anunciada, de buscar en cambio alguna relación con experiencias del pasado argentino. En verdad, cuesta encontrar en ese pasado una experiencia conexas con la dinámica asamblearia emergente luego del 19 y 20 de diciembre. Quienes buscan encontrar una ligazón entre el movimiento asambleario y la "memoria nacional" se encuentran ciertamente ante un problema, como se desprende de esta cita de Horacio González: "Uno de los puntos fuertes del debate actual en la Argentina es dónde quedan todos los estratos culturales anteriores que atravesaron la fase "nacional popular" o "liberal social" de la política. En este sentido, ir a las asambleas barriales es un dilema, porque las asambleas no reclaman esa pregunta por la memoria para constituirse, y quizás gracias a eso se constituyen". H. González, "Memoria y Nación", en 19 y 20. Apuntes para un nuevo protagonismo social, Colectivo Situaciones, p. 178.

8 "Cacerolas, Multitud, Pueblo", entrevista de María Moreno a Horacio González en el diario *Página 12* del 11 de febrero del 2002.

9 Tal vez pueda pensarse que la nación fue una categoría pertinente para las políticas emancipatorias durante el ciclo histórico de la política que anteriormente hemos hecho corresponder con la forma partido. En ese entonces, los movimientos de liberación nacional fueron eventualmente un vehículo de articulación de distintas demandas particulares, pero al precio de subordinarlas a una lógica de jerarquización que se componía verticalmente en dirección al estado o a un líder.

10 Por supuesto, ambas figuras pueden concentrarse -y de hecho lo hacen a menudo- en una misma persona o movimiento. Las cumbres o contracumbres, esos lugares de intercambio y contaminación de experiencias políticas diversas, pueden ser vistas desde esa perspectiva como un momento global, desterritorializado, de militantes en su mayoría territoriales. En otro orden, puede pensarse también que la posición del militante nomádico o global, expresado en varias figuras surgidas recientemente como las del periodista-militante, el artista-militante, o el investigador-militante, es descendiente del intelectual moderno hoy en declive.

Un párrafo final para la polémica con los compañeros del Colectivo Situaciones: contra el modo en que ellos mismos juzgan su militancia, me atrevo a señalar que ejemplifican perfectamente lo que aquí llamo militancia nomádica o translocal: su labor como investigadores-militantes cumple tanto el cometido de leer internamente la singularidad de ciertas experiencias de militancia territorial, como de conectar esas experiencias con un espacio mayor, ciertamente translocal. No en vano Situaciones -así, en plural- tiene por interlocutor a Toni Negri, John Holloway o militantes internacionalistas alemanes, ni tampoco por casualidad han dedicado el libro antes citado al "pueblo palestino....y a todos quienes resisten la cuarta guerra mundial desatada por el imperio". A su modo - y es que hay múltiples modos-, Situaciones revela en sus prácticas ser también parte enhebrante de una cierta resistencia global. En todo caso, si realizara una lectura asimismo interna del movimiento global podría posicionarse desde allí contra ciertas tendencias -cristalización de cuotas de poder en ciertas figuras, entronización e institucionalización de ciertos espacios y prácticas, etc.-, en vez de rechazarlo como un todo desde una posición exterior.